

# Entre el tiempo y el espacio, o sobre plazas, campanas e iglesias en Popayán

José Enrique Urreste Campo\*

## Resumen

En el presente ensayo abordo el proceso de transformación que se presenta actualmente en la ciudad de Popayán (Capital del Departamento del Cauca, Colombia), en referencia a su centro histórico y su paulatino reemplazo por una nueva centralidad lúdica que se concreta en los nuevos centros comerciales que actualmente se están edificando en el perímetro urbano del norte de la ciudad.

Palabras claves: centro histórico, centro lúdico, memoria hegemónica, cambio cultural, Popayán (Colombia).

---

\* Antropólogo y Politólogo de la Universidad del Cauca. Estudiante de la maestría en Gobierno de la Ciudad con mención en Centralidad Urbana y Áreas Históricas - FLACSO Ecuador.

Empezamos caracterizando al centro como un parte de la ciudad, que gracias a sus características facilita la coordinación de las actividades urbanas, la identificación simbólica y ordenada de las mismas, además de permitir la comunicación entre los actores (Castells, 1976:169). La centralidad no existe en sí misma sino como papel representado por un lugar en el conjunto de la estructura urbana. Hay muchos centros en diversos niveles (histórico, de intercambio, de ocio) que tienen en común facilitar la comunicación funcional entre los diferentes niveles del espacio urbano (Castells, 1976:174).

De esta clasificación, retomamos el concepto de centro histórico; entendido como una estructura simbólica, un aglomerado de signos que facilita el contacto entre la sociedad y el espacio. A través de su análisis se puede captar la comunicación que se establece entre las representaciones, y no sólo entre las funciones. Para ello se requiere de una investigación semiológica que permita captar la comunicación que se establece entre los seres humanos y la arquitectura, ya que en la última se condensa una intensa carga valorativa en función de la cual se organiza de manera significativa el espacio urbano (Castells, 1976:175-176).

En este orden de ideas, Segre (1977) argumenta que el dispositivo arquitectural satisface las necesidades básicas del ser humano, tanto a nivel social como individual; por lo tanto el análisis de los elementos que entran en juego dentro de la centralidad es esencial para comprender la asimilación que se da de los signos arquitectónicos, la receptividad comunicativa y la participación comunitaria (Segre, 1977:125). La comunicación arquitectónica se presenta a partir de tres niveles esenciales: social, funcional y simbólico; para ello se requiere la conformación de una cultura hegemónica que permita la comprensión del sistema de signos, el cual se ve reforzado cuando se logra un gran consenso sobre las decisiones que determinan la vida social (Segre, 1977:128).

Popayán se fundó en 1536, y desde sus primeros años se convirtió en una ciudad muy importante debido a su posición estratégica, al ser el camino obligatorio de descanso entre Lima y Quito en el sur y Santa Fé de Bogotá; la riqueza de sus recursos también fueron importantes para convertirla en un punto de avanzada importante durante el periodo colonial. Fue precisamente su papel como enclave intermediaria la que le con-

firió un puesto de liderazgo en el imperio español, posición que mantuvo hasta los inicios del siglo XX, y por lo tanto fue sede de la administración de una gran parte de la actual república de Colombia (Whiterford, 1977:23-25).

La arquitectura de la ciudad de Popayán, se asemejaba a la caracterización que da Romero a las denominadas ciudades hidalgas, que con el paso del tiempo llegarían a constituirse en las ciudades coloniales actuales. Dichas urbes se preocupaban fundamentalmente por los edificios religiosos, respirando en ellas un aire conventual (el mismo que hoy percibimos en el sector histórico de Popayán), lo que develaba el gran peso que tenía la iglesia en el seno de esa sociedad y los rasgos fundamentales de la mentalidad de sus clases altas (Romero, 1976:107). Este tipo de ciudad se mantuvo en las urbes de los dos primeros siglos de la colonia, pero en las dos últimas décadas del siglo XVIII, el impacto del mundo mercantil llegó a América Latina, impulsando el progreso de la región. Ante esta revolución ideológica, las ciudades respondieron diversificándose según sus posibilidades; la gran mayoría se aburguesaron, otras combinaron las dos estructuras, y finalmente algunas pocas continuaron conservándose como ciudades coloniales, como le sucedió a Popayán.

Duvignaud (1982) sugiere que ante la arremetida del capitalismo, algunas ciudades se conservaron como enclaves históricos, como puntos para deleitarse en el placer de su arquitectura. Ante la arremetida del mundo capitalista, que descubre el oro de América y la fascinación del plusvalor, los seres humanos se encontraron ante dos opciones: la mayoría se abrazó al capitalismo, pero otros realizaron un desenfreno de consumo suntuario, lanzando a Dios una invocación de formas y de figuras construyendo una sociedad voluptuosa; es el oro convertido en imagen (Duvignaud, 1982:118) que se le arranca a la circulación del capital, al intercambio comercial, a la acumulación abstracta y cuantitativa, es valor de uso para el goce estético y no valor de cambio para el enriquecimiento, es el oro impregnando la forma, que en el caso de Popayán se encuentra representado en el Museo Arquidiocesano de Arte Religioso de la ciudad; lugar en el que se hallan depositadas las custodias que se construyeron con el oro arrancado a las minas de la región, y las cuales hoy poseen un valor incalculable.

En un análisis similar, Segre (1977:136) propone estudiar el centro histórico como una ciudad de valor de uso conservada por la burguesía para el deleite, en tanto la centralidad industrial y la del ocio se constituyen en valores de cambio. En la primera se da un proceso de reconversión de los excedentes productivos en arquitectura para el disfrute de la comunidad, en tanto en el segundo se edifica para buscar la maximización del capital; en el primero se edifica lentamente, en el segundo rápidamente ya que se desea recuperar la inversión en la menor brevedad de tiempo (esto será analizado con mayor detalle más adelante).

### Popayán, ciudad de paredes blancas

En el caso de Popayán, el deleite visual se da con la homogenización del color blanco que recubre el sector colonial. En los inicios del siglo XX, la ciudad sufrió una epidemia de niguas de tal magnitud que obligó a que una de las medidas salubristas que se aplicaran para su control fuera el de pintar con cal blanca las casonas de la urbe. A pesar de que con el paso de los años dichos animales fueran controlados –entre otras razones por el embaldosado de las casas que impedía su proliferación–, la ciudad continuo pintándose con el color blanco, hecho que se mantiene en la actualidad dentro del sector histórico de la ciudad.

Un trabajo previo sobre la temática de la memoria hegemónica que se patentiza en el color blanco del sector histórico de Popayán se encuentra en un trabajo previo, en el cual se indagó por la perpetuación de dicha representación en las postales de Popayán; enfatizándose en aquello se muestra y en lo que se invisibiliza (Urreste, 2007). En dicha investigación argumentábamos que la memoria hegemónica de la ciudad se conserva en la representación que se perpetúa en el tiempo del eterno retorno; la que se presenta en el campanario de las iglesias que llaman a oración a los habitantes de la denominada *Jerusalén de América*. En este punto recuperamos los planteamientos de Benjamín (2003:15) (citado en Urreste, 2007), que propone que las obras de arte poseen un aura que produce un “efecto de extrañamiento”, que se recupera en quien las contempla, al percibir en ellas una objetividad metafísica, que se sobrepone o sustituye a la objetividad

meramente física de su presencia material. Las iglesias del sector histórico de la ciudad, se presentan como uno de los temas centrales de las representaciones de Popayán, las cuales retratan a la ciudad blanca, la ciudad religiosa de Colombia, donde el aura religiosa prevalece sobre la política.



La Catedral de Popayán

En la década de los cincuenta Whiterford (1963) realizó un trabajo antropológico en la ciudad, describiéndola como una comunidad tradicional que se resistía al cambio propuesto por la modernidad. Una década más tarde Anthony (citado en Weber y Zamorano, 1975:133-134) argumentaba que contrario a las ciudades industriales, Popayán “podría llamarse la ciudad de las iglesias, debido a la abundancia de templos que en ella encontramos. Se dice que las iglesias son más importantes para los payaneses que las fábricas; los museos que los edificios de oficinas; y que las artes son preferidas a la tecnología”. Para este autor, los payaneses desdénaban el progreso, “sin mostrar señales de que el cambio sea bien recibido”. En la década de 1950, Nestlé Milk Company, envió sus representantes a la ciudad con la intención de establecer una planta, pero fueron desairados, por lo que decidieron instalarla en otra parte, “es como si los payaneses prefiriesen solearse a la luz del pasado en vez de esforzarse por cambiar el *statu quo*”.

Siguiendo estos planteamientos encontramos que en aquella época, en la ciudad habían pocos carros y camiones, ninguna fábrica ni alma-

cenes grandes, para la época la ciudad contaba con cerca de 70.000 habitantes.

“Popayán no está de ninguna manera industrializada –un molino de harina, una destilería de licores y una cervecería son los únicos representantes de lo que se pueden llamar industrias modernas. Parece que las personas de influencia en Popayán no han estado interesadas en atraer la industria, el resultado ha sido que aquellos que tienen dinero para invertir, han mirado a otros sitios para el emplazamiento de las industrias (...) si bien el capital y el trabajo han sido ambos ampliamente utilizables para el desarrollo industrial, no ha habido ni el vigoroso emprender del hombre de negocios que acumula capital, ni la independencia de espíritu del propietario absoluto de fincas, para comprometerse en la lucha por la abolición de feudalismo colonial (Crist citado en Rosero, 2003:71,72).

### Entre el tiempo colonial y el tiempo moderno

Avanzando en el tiempo, encontramos que aún en 1982 este sector urbano era el ideal del ascenso social, un símbolo de la aristocracia payanesa; en aquella época una persona “subía” a la Plaza Mayor y a la Torre del Reloj, en tanto que se “iba” a los alrededores, y las personas “bajaban” a los barrios periféricos (Torres, 1989:51). En este año Popayán, seguía siendo una ciudad que le prestaba gran atención a su *ethos* colonial, como se puede desprender de la siguiente cita:

“Popayán es uno de los tesoros históricos más importantes, no sólo por los hombres ilustres de los que es y ha sido madre sino por, el estilo de sus construcciones, tranquilidad de sus calles, riqueza de su pasado y la cultura de sus gentes (...). La ciudad, no obstante su acervo histórico y su tradición, ha ido deteriorando su carácter, ya que no se proyecta hacia el país como lo hiciera otrora a través de sus ilustres: Torres, Mosquera, Obando y Valencia. Duele afirmarlo, pero Popayán, se enfrenta a un grave proceso de deterioro y de relajamiento en sus costumbres y valores, a semejante situación sólo podemos hacer frente quienes sentimos orgullosamente nuestra tierra y estamos dispuestos a ofrecerle todo nuestro

esfuerzo y capacidad. Los que no sienten amor por este suelo por no pertenecer a él o por desconocer su tradición y su pasado, no pueden en momento alguno, dirigirla adecuadamente y es tiempo de regresar al lugar de donde algún día llegaron traídos quien sabe con qué ilusiones o intereses (Negret, 1982:1).

Es la añoranza por un pasado que se va desvaneciendo en el tiempo. Este caudal de significaciones a manera de hipótesis podría haber cambiado recientemente: una mañana de 1983, los payaneses vieron como su gema colonial era destruida por un terremoto y por ende abandonaron el centro histórico de la ciudad y crearon nuevos barrios. Unido a ello nuevos grupos sociales se integraron a la ciudad provenientes de diferentes regiones del país, que no pertenecían a la sociedad payanesa y que por ende, no manejaban ni respetaban sus significados.

Para 1983 en Popayán vivían 96 000 personas, que en dos años ascendieron a la cifra de 136 000 habitantes; es decir, que en promedio un 40 por ciento de nuevas personas habitan la ciudad para 1985, las cuales al no ser interpeladas bajo el parámetro de la cultura payanesa se constituyen con el devenir de los años en fuentes de cambio cultural. Sin embargo, los mismos no son retratados por la imagen de postal de la ciudad, tal como se analizó en Urreste (2007), ya que la ciudad de la fotografía es una ciudad fantasma, donde se retracta preferiblemente la arquitectura de la ciudad colonial sin los seres humanos que la habitan, excluyendo del lente los nuevos barrios que se han formado y menos aún las nuevas centralidades lúdicas que actualmente se están edificando dentro del perímetro de la ciudad.

En este orden de ideas, el espíritu tradicional empezó a ser reemplazado en Popayán recientemente, ya que en la ciudad colonial se vivía dentro de una comunidad y para ella, por lo cual podía trabajarse en una obra cualquiera por decenios y aún siglos; en tanto en la segunda, se edifica rápidamente, porque ahora el que construye lo hace para su propio beneficio (Von Martín, 1993:33). En este sentido, la comunidad se está desvaneciendo actualmente en la ciudad, y diariamente nos encontramos ante el asombro de los payaneses al presenciar el cambio acelerado dentro del caso urbano local. La restauración que reconstruyó la Popayán colo-



Vista panorámica de Popayán

nial sólo se plasmó en el concreto, ya que su centralidad histórica se esté resignificando, manifestándose en la edificación de una nueva centralidad lúdica que empieza a ser construida en la zona norte de la ciudad, generándose una nueva geografía simbólica y material.

Un ejemplo de lo anterior es la construcción del centro comercial El Campanario, el cual se está llevando actualmente, y que como lo ilustra el afiche promocional, implica la generación de un tipo de centralidad basada en una cultura del espectáculo.



Centro Comercial El Campanario

En el centro lúdico se concentran las actividades de entretenimiento, diversión y ocio. En este tipo de centralidades asistimos a la sublimación del ambiente urbano, mediante la instalación de una gran gama de opciones para el consumo. En el centro lúdico se expresa una sociedad que cada vez más valora el consumo *per se*, en donde el ocio se ejecuta mediante la diferenciación espacial de los lugares, generándose una “organización horizontal de la cultura, privatizada y masificada al extremo” (Castells, 1976:171).

Entre el centro histórico y el centro lúdico se ha instalado la lucha simbólica entre los innovadores que arriban a la ciudad y la tradición que habita en ella. Es la lucha que enfrenta Popayán por implantar un nuevo cronos, por voltear las arenas del tiempo y convertir nuestro desencuentro histórico en encuentro moderno; tal como lo pronosticara el estudio de Webber y Zamorano (1975), quienes en su investigación sobre valores de desarrollo en Popayán establecieron que en el futuro, los estudiantes de clase alta que ellos entrevistaron en 1967, se constituirían en los dirigentes de la localidad, plasmándose los nuevos valores que poseían:

“Como consecuencia de más viajes y mayor contacto con los medios masivos de comunicación, los bachilleres payaneses pueden haberse percatado, en superior medida que sus mayores, del grado en que Popayán dejó de desarrollarse. Al tener conciencia sobre el atraso de su ciudad, pueden haberse desilusionado con las tradiciones viejas y con los valores predominantes en la generación precedente, así como haber asimilado orientaciones más activas y audaces que los impelen a fomentar el desarrollo de su lugar natal a través de caminos seguidos por otros centros urbanos del país, o a huir de la ciudad. Pueden haber llegado a comprender, y a desear creer, que la falta de modernización o la conservación de las tradiciones no fue ni inevitable ni necesaria” (Weber y Zamorano, 1975:231).

Es la contra hegemonía que cantan desde los templos de Popayán. En 1999, en el límite entre un nuevo siglo; en la madrugada de la última procesión de Semana Santa se realizó un concierto de campanas por parte de los templos de la ciudad, tal vez la despedida de los viejos tiempos que le dan la bienvenida a la modernidad, tal como ocurrió en el renacimiento italiano, ciudades donde nació el capitalismo:

“Todo el ritmo de la vida acelera su intensidad. Se impone el concepto moderno del tiempo, como un valor, como una mercancía útil. Se percibe que el tiempo es algo fugaz, algo que escapa, y se trata de retenerlo. Desde el siglo XIV, resuenan en todas las ciudades italianas las campanas de los relojes, contando las 24 horas del día, y así recuerdan que el tiempo es escaso, que no debe perderse, sino administrarse bien; que hay que economizarlo, ahorrarlo, si se quiere ser dueño de todas las cosas” (Von Martín, 1993:32-33).

Las campanas cantaron por la época que se marcha, y por la nueva que está atrapando a la ciudad en su vértice progresista, el de la ideología que considera que el tiempo ya no es valor de uso sino valor de cambio, el de tiempo que vale oro. En cuanto al cronómetro capitalista, aún en la década de 1980, encontramos que en la catedral de Popayán el campanero hacía sonar las dos cuando eran las tres, o las tres cuando eran las dos, y a nadie le importaba (Torres, 1989). Era una ciudad del no tiempo productivo. El surgimiento de la puntualidad como norma social, como moral se vincula a las denominadas culturas monocrónicas, culturas de la agenda y el reloj, de producción estructurada; “el concepto de puntualidad sólo existe donde el tiempo es cuantificable y agendable” (Grimson, 2000:80). Otra dimensión relevante se refiere al ritmo o velocidad de la vida social, que en las sociedades capitalistas se evidencia en el caminar de las personas, por el continuo afán, por los pasos que son marcados por el cronómetro de la producción (Grimson, 2000:82); en tanto, los habitantes de Popayán transitan de una manera pausada, lenta, que nos recuerda los pasos del carguero de Semana Santa –su mayor momento ritual, que se ejecuta cada año dentro del perímetro de la ciudad colonial, aquella que nuevamente se pinta de blanco para tal ocasión, manera cromática de perpetuar un ideario hegemónico de ciudad tradicional–, transitando la geografía de la centralidad histórica que marca el devenir de la ciudad. El carguero no carga al santo, por el contrario es el santo quien lleva al carguero y lo atrapa con su paso lento en el no-tiempo de la ciudad blanca, en el tiempo que dirige su mirada hacia el pasado.

Se configura un tiempo que no vale oro, sino un cronos para el goce estético que se recrea en las procesiones de la Semana Santa, el mayor

momento ritual de la ciudad de las paredes blancas, de la Jerusalén de América, la ciudad religiosa de Colombia.

De otra parte, tenemos que a principios del siglo XX en América Latina, las ciudades hidalgas se convirtieron en ciudades burguesas, por lo cual los aristócratas que vivían en los segundos pisos de las casas que rodeaban el parque principal, se trasladaron a otras geografías de sus respectivas ciudades, una forma metafórica y material de borrar con el pasado colonial que se deseaba superar (Romero, 1976). Sin embargo, en Popayán las denominadas “familias de la plaza”, la aristocracia local, vivió en este sector de la ciudad hasta el terremoto de 1983, que les obligó a trasladarse hacia nuevos barrios, creando una nueva arquitectura, pero sin embargo el centro se reconstruyó de la misma manera, perdiéndose la oportunidad de transmutarla.

Sin embargo, con el paso de los años, las predicciones de Webber y Zamorano (1975) se hacen más palpables dentro de la ciudad, a lo cual se ha sumado la dinámica de nuevos grupos sociales que han llegado en años recientes a Popayán, los cuales han generado una dinámica progresista que implica la generación de una centralidad del ocio dentro de los centros comerciales que se edifican en el norte de la urbe tal como se ha mostrado anteriormente. Sin embargo, lo que nos interesa resaltar ahora es que el cambio que también se está produciendo dentro del casco colonial. Para lo cual tomaremos como ejemplo dos casos.

En primer lugar, tenemos el caso del centro comercial Plaza Colonial (un trabajo más pormenorizado sobre este tema se encuentra en una indagación previa, ver Urreste, 2007). Encontramos que hace apenas dos años, en el centro histórico se creó el centro comercial Plaza Colonial, realizado por empresarios de la ciudad de Cali; obra que tuvo una gran resistencia dentro de Popayán, dado que se argumentaba que el sector histórico debía mantenerse inalterable; es de destacar que el mismo pretendía ser iluminado con reflectores que se instalaron en el andén para su iluminación, pero ello se impidió al considerar que las únicas partes que estaban iluminadas de esta manera eran las iglesias; que con su arquitectura ascendente nos recuerda que la salvación está “arriba”, por ende sus cúpulas altas son para colocarnos en contacto con algo superior. De igual manera, el proyecto inicial incluía un tercer piso, pero se impidió su cons-



Gobernación del Cauca

trucción al considerar que rompería con la armonía de los techos de este sector de la ciudad. Y en el orden de ideas expuestas también fue pintado de amarillo, rompiendo la hegemonía blanca del Popayán colonial.

Este proyecto es promovido por empresarios de la ciudad de Cali, “los recién llegados” que no respetan los códigos culturales de la ciudad blanca de Colombia y que por ende atentan contra aquello que más le duele a Popayán, su sector histórico. En este sentido, dentro del contexto de la presente investigación reseñamos los “atentados con bombas de pintura” que se ejecutaron en el mes de Junio de 2007, por parte de los estudiantes de la Universidad del Cauca como protesta por el desalojo de que fueron objeto por parte de la fuerza pública de la toma que realizaban del Claustro de Santo Domingo (sede administrativa de la Universidad del Cauca) en la que se encontraban desde hacía dos meses en un campamento en contra de las políticas del Plan de Desarrollo del Presidente Uribe, que condenan a la universidad pública a su lenta desaparición.

Las bombas de pintura fueron arrojadas sobre la Gobernación del Cauca, la Alcaldía Municipal, el Claustro de Santo Domingo (Universidad del Cauca) y algunas iglesias, todas ellas son edificaciones que se encuentran dentro del sector histórico.

Este fue un acto que causó una gran ofensa dentro de los sectores más tradicionales de la ciudad. Recuperando la postura de Mitchell (2001) vemos que ello se da principalmente porque las imágenes se asociación con aquello que representan; agregándole el hecho de que la imagen posee una clase de carácter vital vivo que la hace capaz de sentir aquello que se

les hace; es parecido a un ser viviente que siente, tiene intenciones y agencia, que desea. Por ello, los actos iconoclastas son tan ofensivos, dado que se inscriben dentro del campo de la sensibilidad de lo humano. En el caso de Popayán, con las bombas de pintura se atenta contra la hegemonía cromática que representa la visión y cosmovisión de la ciudad histórica.

Teniendo en cuenta que la gran mayoría de los payaneses consideran el sector colonial como una obra de arte, calificaron tal acto como una vandalización; sin embargo, nosotros preferimos utilizar el concepto de desfiguración planteado por Taussig (1993) dado que por intermedio de el se revela un “secreto público” entendido como aquello que sabemos que sabemos que no debemos decir.

## Bibliografía

- Castells, Manuel (1976). *Problemas de investigación en sociología urbana*. México: Siglo XXI.
- Duvignaud, Jean (1982). *El juego del juego*. México: FCE.
- Grimson, Alejandro (2000). *Interculturalidad y comunicación*. Bogotá: Norma.
- Mitchell, W.J.T (2001). “Offending Images”. En Rothfield, Lawrence, ed.; *Unsettling “sensation”: Art policy lessons from the Brooklyn Museum of Art Controversy*. New Brunswick: Rutgers University Press, pp. 115-133.
- Negret, Cesar (1982). *Verdicto*, S.E. N° 5.
- Romero, José Luis (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Argentina: Siglo XXI.
- Rosero, José Rafael (2003). *Del santo y el misterio del desencanto: primero de Mayo en Popayán*. Santiago de Cali: FAID editores.
- Segre, Roberto (1977). *Las estructuras ambientales de América Latina*. México: Siglo XXI.
- Taussig, Michael (1993). *Defacement: public secrecy and the labor of the negative*. Stanford: Stanford University Press, pp. 1-55.
- Torres, Hernán (1989). “Metaphors and the translation of cultures. The torre of Popayán, Colombia”. *Anthropology and humanism quarterly*. Washington: The Society for Humanistic Anthropology. N° 2, V. 14

(June), p. 47-58.

Urreste, José Enrique (2007). *Popayán, ciudad de paredes blancas*. Trabajo final presentado en la asignatura Antropología de la Representación (Xavier Andrade). Flacso-Ecuador, mimeo.

Von Martín, Alfred (1993). *Sociología del renacimiento*. Colombia: FCE.

Webber L. Irving; Alfredo Zamorano (1975). *Valores, desarrollo e historia: Popayán, Medellín, Cali y El Valle del Cauca*. Colombia: Tercer Mundo, coedición división de ciencias económicas y sociales Universidad del Valle.

Whiterford, Andrew (1963). *Popayán y Querétaro. Comparación de sus clases sociales*. Colombia: Universidad Nacional.

Whiterford, Hunter (1977). *An andean city at mid-century. A traditional urban society*. Michigan: Michigan State University.